



MARTÍN OCAÑA FLORES

LAS
HUELLAS
DEL REINO
DE DIOS

PERSPECTIVAS TEOLÓGICAS EN
AMÉRICA LATINA (1970-2000)





MARTÍN OCAÑA FLORES

**LAS
HUELLAS
DEL REINO
DE DIOS**

PERSPECTIVAS TEOLÓGICAS EN
AMÉRICA LATINA (1970-2000)



Contenido

Prólogo	7
Introducción	11
<i>Capítulo 1. El «reino de Dios» en América Latina: un esbozo histórico</i> .	15
• El «reino de Dios» en la historia: breves anotaciones	16
- La teología y su relación con la historia	16
- Biblia, historia y reino de Dios	17
- «Progreso» y reino de Dios	21
• El «reino de Dios» en América Latina: algunas precisiones	24
- Una visión amplia del reino de Dios	24
- Teologías del reino de Dios en pugna	25
- Ángel Mergal, teólogo del reino de Dios	26
• El «reino de Dios» en los conservadurismos teológicos	28
- Una caracterización teológica	28
- Una visión de los proyectos de transformación social	29
- El reino de Dios y la iglesia	31
- Escatología e historia	32
• Resumen del capítulo	33
<i>Capítulo 2. El «reino de Dios»: perspectivas teológicas desde América Latina (décadas de 1960 a 1970)</i>	35
• Contexto general	35
• El «reino de Dios» en Iglesia y Sociedad en América Latina	38
- Introducción y trasfondos	38
- Planteamientos de ISAL	39
- ISAL en el debate teológico	42
- ISAL y el reino de Dios	44
• El «reino de Dios» en las teologías latinoamericanas de la liberación . . .	45
- Introducción	45
- Trasfondos de las teologías latinoamericanas de la liberación	46
- Contexto social y praxis transformadora	47
- Expresiones de las teologías de la liberación	48
- Un autor y una experiencia revolucionaria	49

- Otra vertiente en las teologías latinoamericanas de liberación	53
- La iglesia y el reino de Dios.	54
• El «reino de Dios» en la Fraternidad Teológica Latinoamericana	56
- Introducción	56
- Trasfondos en la Fraternidad Teológica Latinoamericana.	57
- Las ideologías y las opciones políticas.	58
- Consultas teológicas a inicios de los setenta.	60
- El evangelio hoy	64
- El Congreso de Lausana (Suiza, 1974).	66
- La Fraternidad Teológica Latinoamericana pos-Lausana 1974.	68
- Preocupaciones pastorales y misiológicas en la FTL	69
• Resumen del capítulo.	70

Capítulo 3. El «reino de Dios» y «la historia»: perspectivas teológicas desde América Latina (década de 1980) 71

• Contexto general.	71
• El «reino de Dios» y «la historia» en las teologías latinoamericanas de la liberación	74
- La historia en la perspectiva liberacionista.	74
- Perspectiva marxista y producción bibliográfica	75
- ¿Ciencias sociales o marxismo?	75
- El Vaticano y las teologías de la liberación	77
- Una perspectiva distinta del sentido de la historia	78
- El reino de Dios en la historia.	79
- Aportes protestantes a la teología del reino de Dios	80
- A modo de resumen.	85
• El «reino de Dios» y «la historia» en la Fraternidad Teológica Latinoamericana	87
- Introducción	87
- El evangelio del reino de Dios: fundamento de la misión	89
- Leyendo la historia: fundamentos	92
- Cuatro aportes para entender la historia.	95
- Jarabacoa 1983 y Huampaní 1987	104
- Cristología, seguimiento de Cristo y reino de Dios.	113
• Resumen del capítulo.	114

Capítulo 4. El «reino de Dios» y «las historias»: perspectivas teológicas desde América Latina (década de 1990) 117

• Contexto general.	117
- Un nuevo dogma económico: el libre mercado	119
- El reino de Dios en el contexto del libre mercado	120
• El «reino de Dios» y «la historia» en las teologías de la liberación	122
- Introducción	122
- Teologías de la liberación 1 y 2	123
- El reino de Dios y el sentido de la historia	126
- La tendencia «salvación en la historia»	127

- La tendencia «marxista»	128
- La tendencia «posmoderna»	129
- La tendencia «revisionista»	131
- Pensando el fin de la historia	133
• El «reino de Dios» y «la historia» en la Fraternidad Teológica Latinoamericana	136
- Introducción	136
- Reflexiones teológicas previas a Clade III	138
- La historia y la misión en el contexto de los quinientos años	140
- Clade III y la misión de la iglesia	143
- La posmodernidad y la historia	151
- El fin de la historia y el neopentecostalismo	154
- Historia y misión, tareas pendientes	158
- Bases bíblicas de la misión	160
- Una lectura «renovada» de la historia	162
- Pensando el reino de Dios y la historia al filo del milenio	166
• Resumen del capítulo	171
Conclusión	173
<i>Apéndice. Teoría y evaluación del iglecrecimiento</i>	183
• En busca de una definición	183
• Génesis y características	185
• Ideas y principios básicos del iglecrecimiento	188
• Iglecrecimiento y reino de Dios	189
• Una evaluación desde la FTL	192
• A modo de resumen	201
Bibliografía	203

Prólogo

«**El reino de Dios** en América Latina» es una expresión representativa que nos adentra tanto en la vida como en el ministerio de Jesús, atestiguados, al igual que por los evangelios, por la realidad de esta región tan marcada por las riquezas, las tensiones y las carencias. Por ello, a medida que sigamos el curso de este libro, descubriremos que nos hallamos en medio de una rica peregrinación, en torno a este mensaje del reino de Dios, por las décadas fértiles de 1970 al 2000.

A mediados de los años 70, uno de mis primeros viajes fuera de Brasil, país donde nací, me llevó al Perú, que es la patria del autor del libro. Aposté por una experiencia que sintonizaba con la expresión clásica de Juan Mackay, quien enseñaba que la teología se hace «en el camino» de la vida y no desde un «balcón» alejado de la realidad. También en sintonía con la idea que guía este libro, *Las huellas del reino de Dios...*, algunos de los recuerdos de aquel viaje apuntan en esta dirección.

El primero de ellos me recuerda que durante la década de 1970 vivíamos, en varios círculos, una efervescente movilización revolucionaria. Lo vimos, por ejemplo, al visitar la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con sus paredes y muros pintados con consignas que pedían cambios radicales y sistémicos, que apuntaban precisamente a esa expectativa vivida por gran parte de los estudiantes de esa histórica institución. Y lo mismo ocurría en muchos otros rincones y grietas de América Latina, con la movilización de jóvenes, movimientos de base, sindicatos, comunidades eclesiales y grupos teológicos que, expectantes, caminaban en la misma dirección, en conflicto con un *establishment* sociocultural y económico que quería mantener el control y garantizar el poder, incluso si eso significaba

implementar y fomentar regímenes totalitarios. Por este motivo, *las venas abiertas de América Latina*, para usar una expresión de Eduardo Galeano, vieron correr mucha sangre por las complejidades de estos países en esos años.

El segundo recuerdo me lleva al motivo de mi viaje, que consistió en un programa de formación de jóvenes líderes de varios países de América Latina, el cual nos puso en sintonía con una herencia evangélica que encontró nuevos y necesarios desafíos y oportunidades en esta región. A medida que profundizamos en esta formación, nos dimos cuenta de que el mensaje y la realidad del reino de Dios eran fundamentales no solo para el mismo Jesús, como se expresa en los evangelios, sino para vivir la fe y la misión cristianas. Caminar hacia este evangelio y dejarse moldear por él es el desafío que debe marcar toda la vida, como lo fue para esta generación que sintonizó con el deseo de transformación, buscando en el mensaje y la experiencia del reino de Dios su vocación y esperanza.

El tercer recuerdo me remite a la sierra peruana, a donde posteriormente fui, no solo a conocerla, sino también a vivir un proyecto misional cuya meta era sembrar semillas de transformación socioeconómica y espiritual en un lugar marcado por la pobreza y el abandono. Se trataba de una pequeña comunidad cuyo anhelo era la búsqueda de caminos de encarnación y testimonio con el fin de que la realidad del reino de Dios, con sus dimensiones de gracia, atención al prójimo y las transformaciones cotidianas y comunitarias, pudieran convertirse en realidad y germen de una esperanza que alimentara el sueño de vivir de una manera comunal.

Cada uno de estos recuerdos está lleno del reino de Dios y apunta a los énfasis que el autor destaca en este libro. Estos son:

- La teología que se nutre en América Latina, como se atestigua en las últimas décadas, encuentra en el reino de Dios la clave que la lleva a encontrar y redescubrir su herencia y vocación evangélica.
- Esta teología del reino de Dios tiene en el modelo de la encarnación de Jesús el principio activo de que el contexto sí importa. La fe cristiana no huye de la realidad, sino que, por el contrario, busca transformarla a partir de esa otra realidad llamada *reino de Dios*, en la que, en palabras del mismo Jesús, «los ciegos ven, los cojos

andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el evangelio» (Lc 7.22).

La verdadera inmersión en esta teología que marca y demarca el reino de Dios, como vemos a lo largo de este libro, no se hizo de una manera aislada, sino en un diálogo tenso y fecundo, bien dentro de la propia tradición protestante, expresada por las referencias a ISAL, o bien en relación con la teología de la liberación, que buscaba sus propios caminos de afirmación, no solo en lo teológico, sino también en lo eclesial e incluso sociopolítico y económico. Búsqueda que ejecutaba mientras pensaba, articulaba y oraba por una transformación que facilitara los procesos a través de los cuales las señales de vida vendrían a colorear este continente, mucho más que las señales de la muerte que insistían en multiplicarse por aquí.

El competente trabajo presentado en este libro representa el rescate de un periodo de nuestra historia continental que clama continuidad e invita a las nuevas generaciones a llevar a la práctica el reino de Dios en esta América Latina que aún tiene tantas «venas abiertas», pero que, al mismo tiempo, da testimonio de hermosas y transformadoras expresiones de cuidado y cariño. En una región que presenta caminos de esperanza que alimentan la sucesión de generaciones que celebran y se comprometen con una experiencia vocacional marcada por «la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo» (Ro 14.17), como dice el apóstol Pablo al hablar del reino de Dios.

Saludo esta hermosa obra de Martín Ocaña Flores, y ruego a Dios para que podamos beneficiarnos de ella a nuestra manera, individual y comunitaria, con el propósito de buscar «primero el reino de Dios» (Mt 6.33), citando una vez más al propio Jesús.

Valdir Steuernagel

Introducción

El tema que desarrollo en este libro se relaciona con la forma en que se ha entendido el símbolo bíblico del «reino de Dios» en las teologías latinoamericanas, específicamente en relación con la historia. Por ello, ha sido necesario estudiar el movimiento Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), las teologías latinoamericanas de la liberación (TLL) y la Fraternidad Teológica Latinoamericana (FTL), así como a los diversos interlocutores que les antecedieron o fueron apareciendo en el camino (las teologías conservadoras, el fundamentalismo, la teoría del iglecrecimiento¹ y otros).

La teología —al ser una disciplina que se construye en el camino— implica siempre un quehacer, una maduración teológica, avances y retrocesos, diversos matices en la forma como se entiende lo eclesial y lo social, etc. Esto ha sido así tanto en las TLL como en la FTL (en las que he puesto énfasis). Al estudiar el periodo de 1970-2000, pienso que treinta años son suficientes para hacer una evaluación teológica y reflexionar en cómo nosotros tampoco escapamos a los cambios en el tiempo. Con esto quiero decir que tanto las TLL como la FTL nunca se presentaron como movimientos uniformes, sino que fueron expresándose de varias formas en relación con los distintos momentos y lugares. Además, ninguno de ellos pretendió ser un magisterio teológico inmutable.

¹ NOTA DEL EDITOR: Respecto al neologismo «iglecrecimiento», que es un intento por traducir el concepto inglés *Church Growth Movement*, cuya aparición data de la década de 1970, permanece como un vocablo poco conocido en el orbe hispanohablante y que solo goza de aceptación en ciertos círculos evangélicos; por lo tanto, es poco probable que su uso llegue a tener un amplio arraigo en el futuro. Este vocablo forma parte de tantísimas palabras del léxico evangélico anglicado.

Tres afirmaciones ayudan en el desarrollo de este tema: «Toda iglesia cristiana que quiere permanecer fiel al mensaje de Jesús ha de comprenderse como comunidad en relación con el reino de Dios anunciado por Jesús» (Pannenberg, 1974, p. 42). «Una y otra vez hay que volver a recuperar la Iglesia de sus lacras históricas para que realmente se ponga al servicio del reino de Dios que predicó Jesús. Por eso el tema clásico “Iglesia y reino de Dios” es un tema central para la autocomprensión de la Iglesia y de su misión, así como para su transformación permanente» (Ellacuría, 1984, p. 7). «La teología del reino es la que ofrece el marco teórico que orienta a la Iglesia en su participación en la *missio Dei*» (A. Roldán, 2011, p. 47).

He citado adrede a un teólogo alemán, a un español-salvadoreño y a un argentino. Lo que mencionan ya es lo suficientemente claro como para añadirle algo más; pero esas afirmaciones nos dejan la tarea de hacer una evaluación crítica de las teologías del reino de Dios que estuvieron presentes en América Latina. Efectivamente, en el continente predominó mayormente un concepto del reino de Dios que evitaba ser vinculado a la historia concreta. Este concepto transmitido por las teologías conservadoras y el fundamentalismo —mediante las radioemisoras, el púlpito, los himnos, la literatura y otros medios— estaba en abierta contradicción con el que proponían las teologías contextuales de América Latina (sea en la versión de las TLL o la FTL).

En este libro se asume conscientemente la lucha hermenéutica y teológica que lleva muchas décadas en América Latina. Esas confrontaciones les han dado a las teologías latinoamericanas un carácter militante, polémico. Eso no quita que algunas ideas o conceptos en torno al reino de Dios hayan quedado lo suficientemente claros y que se puedan resumir así:

- 1) El reino de Dios es un símbolo bíblico que describe la acción salvadora de Dios en la historia. El reino de Dios es la realidad mayor, última, y representa el gobierno o señorío de Dios que lo abarca todo.
- 2) El reino de Dios involucra a los seres humanos en su acción salvadora en el mundo, en la historia. El reino de Dios conoce de un contenido específico que le da la Biblia: paz, justicia social, satisfacción de las necesidades humanas, salvación plena.

- 3) El reino de Dios conoce las ambigüedades y contradicciones que hay en los seres humanos y la historia a causa del pecado. El reino de Dios reconoce, a la vez, que el ser humano redimido por Jesucristo tiene una misión constructiva que cumplir en este mundo.
- 4) La *missio Dei* es integral porque el evangelio del reino de Dios es integral, al igual que las personas. Es desde el reino de Dios de donde hay que evaluar tanto la historia como la misión que lleva a cabo la iglesia.

Se debe decir, además, que el concepto de reino de Dios tenía otras consecuencias y generaba interrogantes como aquella de si había un correlato terrenal como anticipo de dicho reino. En este punto, la polémica entre las TLL y la FTL se hizo evidente, pero no fue así con las teologías conservadoras y el fundamentalismo. Estas creían que el reino de Dios no tenía correlato terrenal alguno. Al menos eso era lo que afirmaban verbalmente y en el papel.

Hoy, en pleno siglo XXI, prácticamente no hay teología alguna en América Latina que no apele al «reino de Dios» para explicar o fundamentar sus propuestas pastorales y misioneras. El lector atento lo puede corroborar escuchando tanto a algún apóstol moderno (Ocaña, 2014, pp. 168-194) como a un teólogo liberal, a un reconstruccionista o, incluso, a los que defienden los derechos de las «minorías sexuales». Al parecer, el símbolo «reino de Dios» es altamente inclusivo y está con todos. Veamos un ejemplo:

La naturaleza del reino de Dios en la tierra no es una ideología etérea destinada para desarrollarse en una fecha y lugar posteriores. En cambio, es un mandato bíblico relevante para las actuales necesidades espirituales y sociológicas de la Iglesia y de la sociedad. Cuando la Iglesia no funciona desde esta perspectiva del reino, deja de ser la Iglesia bíblica que fue destinada a ser. La Iglesia no existe únicamente para tener programas, proyectos, sermones y edificios. Más bien, la Iglesia existe como el principal vehículo para preparar a los creyentes a manifestar la gloria de Dios, a impactar la cultura, a restaurar vidas y a promover el reino. El propósito primordial de la Iglesia, en vista de las distinciones del reino, es manifestar los aspectos éticos,

políticos, sociales y económicos del gobierno de Dios en las sociedades. (Evans, 2013, p. 186)

Esta cita bien la podrían suscribir José Míguez Bonino o René Padilla, pero también el apóstol Guillermo Maldonado o el pastor Miguel Núñez. Pero no es suficiente tener una idea clara del significado bíblico del reino de Dios, sino que hay necesidad de hacerse algunas preguntas. ¿Cómo impacta a las culturas el reino de Dios? ¿Cómo el reino de Dios se manifiesta en las diversas áreas o los aspectos de la sociedad? ¿Los permea? ¿Los renueva? ¿Los transforma completamente? ¿Y cómo afecta a los millones de pobres que hay en todo lugar? ¿Afecta en algo a los poderosos que no quieren que el mundo sea un poco más justo?

Termino esta introducción agradeciendo a los doctores Tito Paredes, Samuel Escobar y Darío López, quienes leyeron los capítulos de este libro. Mi agradecimiento también a la plana docente y el cuerpo administrativo del Programa Doctoral Latinoamericano (Prodola) en la persona del doctor Charles van Engen, un gran maestro de la Palabra de Dios. Ha sido una gran bendición aprender con ellos y experimentar la gracia de Dios. Agradezco también a Víctor Arroyo —hoy con el Señor— por la amistad, la confianza y el ánimo para seguir escribiendo.

Este libro lo dedico a todos los que sirven a Dios y su reino, particularmente desde «los pequeños de la historia» y que hacen misión integral sin mucho ruido; a la Iglesia Evangélica Bautista de Moquegua (Perú), donde soy pastor; y a Meche, mi amada esposa y compañera de misión. Jamás podré recompensar su apoyo y generosidad. Gracias a Dios todopoderoso por ser tan bendecido. A Él sea la gloria por siempre.

Capítulo 1

El «reino de Dios» en América Latina: un esbozo histórico

Lo político es parte constitutiva del reino de Dios, expresión que en su propia formulación es política, ya que apunta al modo en que Él actúa soberanamente en el mundo. Pero lo político no se reduce simplemente al modo en que Dios actúa en el mundo, sino que también el reino de Dios precisa de mediaciones sociopolíticas.
Alberto Roldán (2011, p. 13)

El presente capítulo es de carácter introductorio a los tres que continúan, y tiene el propósito de ofrecer solo una visión general de los temas que desarrollo: (1) El reino de Dios y la historia: breves anotaciones; (2) El «reino de Dios» en América Latina: algunas precisiones; y (3) El «reino de Dios» en los conservadurismos teológicos. No se pretende profundidad, sino sentar las ideas básicas de cada una de ellas. Siguiendo la observación del teólogo Alberto F. Roldán, creo que el tema de fondo no solo es comprender las consecuencias políticas del reino de Dios, sino sus mediaciones políticas en la historia.

El «reino de Dios» en la historia: breves anotaciones

Para la religión judeocristiana, a diferencia de las otras grandes religiones del mundo, la historia tiene una importancia específica.

El cristianismo está dominado por la perspectiva de «Dios e historia», «Dios en la historia».

Johann B. Metz (1989, p. 291).

La teología y su relación con la historia

El teólogo José Comblin (1987) afirma que no todos los teólogos vieron la necesidad de vincular la historia con aquello que enseñaban o escribían. Refiriéndose al ilustre Tomás de Aquino, dice que este «pudo escribir una *Summa Theologica* sin que apareciese en ella nada de la historia de su tiempo» (p. 75). Sin duda, ese comentario también puede aplicarse a buena parte de la teología sistemática existente.² Pero el mismo problema estuvo igualmente presente en la exégesis bíblica. Lo socioeconómico, para muchos eruditos, es algo de lo que se puede prescindir en el estudio de la Biblia, así como su «aplicación» a la vida del mismo intérprete, pues lo que realmente importa son «las razones teológicas» (Arens, 1995, p. 18).

Esta crítica cuestiona «los supuestos operativos de los estudiosos de la Biblia» (Arens, 1995, p. 20), además de que pone en evidencia el supuesto o presuposición que para muchos teólogos la historia no ha sido una «categoría propia del pensamiento bíblico» (Barr, 1966, p. 69). Pero esta forma de entendimiento ha ido cambiando. Giuseppe Angellini (1982) dice, refiriéndose a la experiencia europea, que «el tema de la historia se presenta como objeto explícito e insistente de atención por parte de la teología en tiempos relativamente recientes» (p. 49).

Pero ¿por qué en tiempos «relativamente recientes»? Comblin (1964) respondería diciendo que el tema de la historia apareció con fuerza en la reflexión teológica desde la Segunda Guerra Mundial, «principalmente durante los diez años que la siguieron», es decir,

² Una notable excepción contemporánea es la obra de Sergio Arce, *Teología Sistemática: Prolegómenos* (2002).

desde el contexto de las agudas crisis que vivió en todo orden la generación de la posguerra. La desesperanza y la muerte de millones de personas motivó dicha reflexión, y desde entonces «la palabra historia ha sido como la palabra-clave, un punto de encuentro, un centro de convergencia» (p. 94).

Ahora bien, lo que menciona Angellini para la Europa de la posguerra tiene cierta similitud con América Latina, donde el conservadurismo teológico había enseñado que la historia no tiene futuro, dado que el mundo se dirige al Armagedón. Efectivamente, en los años que siguieron al final de la guerra, es decir, después de 1945, en estas tierras irán apareciendo movimientos con un discurso que ahora utilizan —a veces de forma tímida— el símbolo del reino de Dios en sus articulaciones teológicas. Y aunque no llega a ser aún una «perspectiva», el «reino de Dios» se irá instalando gradualmente en el lenguaje teológico. Luis González-Carvajal (1986) observa:

En política, el reino de Dios ha servido para casi todo. En su nombre se ha legitimado el orden establecido, y en su nombre se ha intentado subvertirlo; lo mismo ha inspirado programas de signo revolucionario o reformista que programas de signo claramente conservador; ha empujado a unos hacia la violencia y a otros hacia el pacifismo más absoluto. (p. 8)

Este comentario nos lleva a pensar que urge recuperar la historia desde la teología del reino de Dios que se articula en América Latina. Sin duda, en esa tarea se pueden recoger muchos aportes que existen en el idioma español desde hace décadas. Jacques Maritain señalaba con razón que la cristiandad debía ayudar a desechar los diversos arquetipos mitológicos y visiones cíclicas de la historia (citado en Sánchez, 2018, p. 7). Pero esto solo es posible desde un trabajo minucioso que tome en cuenta las contribuciones de la ciencia bíblica. Ya es tiempo de superar esa «ingente aventura de evasión de la historia» (Jossua, 1990, p. 111).

Biblia, historia y reino de Dios

La *ciencia bíblica* es la disciplina teológica que busca desentrañar el mensaje bíblico mediante diversos métodos y técnicas. Esta disciplina, en realidad una especialidad, no ha sido muy apreciada entre los pastores y líderes eclesiales, por lo que generalmente se ha desarrollado en espacios

reducidos. Pero, aunque la ciencia bíblica ha sido vista con desdén, eso no le quita su real importancia. Gracias a ella hemos aprendido a leer la Biblia de una manera que no hubiera sido posible dentro de los marcos de interpretación del conservadurismo teológico o el fundamentalismo.

Lo que a muchos cristianos hoy les parece que tiene sentido (el Señor se revela en la historia, el reino de Dios se relaciona con las realidades terrestres) no siempre fue visto así. Esa forma de entender la actuación del Señor en la historia es el resultado de no pocas luchas hermenéuticas con los «magisterios» de diversos lugares. Lo cierto es que una teología desvinculada de la historia, así como un reino de Dios más preocupado por lo incorpóreo y lo eterno, no responde ni a la misma Biblia —en tanto revelación de Dios— ni al problema «que el mundo moderno le plantea a la teología» (Forte, 1983, p. 41). ¿Y cuál es ese problema? La historia y el sentido de ella.

Efectivamente, una de las preocupaciones de la modernidad fue la historia. Y las diversas expresiones teológicas (católicas y protestantes) respondieron, como era de esperar, desde sus propios puntos de vista e intereses. Jean Daniélou (1957) observó por eso algo que aún hoy se da: «No es raro ver en nuestros días a filósofos y teólogos que escriben sobre el sentido de la historia. Pero más de una vez cabe preguntarse si no tuercen los hechos para hacerlos acordes con su sistematización» (p. 128). Este comentario se puede ampliar así: se tuerce la historia y además la Biblia para también hacerla concordar con el sistema teológico que se enseña como «verdad».

Pero ¿cómo se entiende «la salvación», «lo salvífico», en la historia? Estas preguntas nos llevan al meollo del asunto. Se debe reconocer que «por historicidad de la salvación cristiana no se entiende siempre lo mismo. «Una [...] distinción podría hacerse entre aquellos que se preguntan por el carácter histórico de los hechos salvíficos y aquellos que se preguntan por el carácter salvífico de los hechos históricos» (Ellacuría, 1990, p. 323). Pero, en ambas observaciones y en concordancia con la revelación bíblica:

... damos por aceptado que no se dan dos historias, una historia de Dios y una historia de los hombres, una historia sagrada y una historia profana. Más bien lo que se da es una sola realidad histórica en la cual interviene Dios y en la cual interviene el

hombre, de modo que no se da la intervención de Dios sin que en ella se haga presente de una u otra forma el hombre y no se da la intervención del hombre sin que en ella se haga presente de algún modo Dios. (Ellacuría, 1990, p. 327)

Esta manera de interpretar la historia y el accionar de Dios, nos ayuda a no encasillarnos en discusiones —con frecuencia estériles— acerca de la «historia sagrada», la «historia profana», la «historia de la salvación» (una expresión acuñada en el siglo XIX), etc. Más aún, nos ayuda a tomar distancia de los criterios de la «ciencia histórica moderna», que ha expulsado a Dios del mundo (Westermann, 1993, pp. 14-15). No es que se quiera evitar estos temas, sino que se procura no quedar atrapados por ellos.

La historia hay que entenderla a partir de la creación de Dios y la responsabilidad de los seres humanos en ella. La creación y la historia, sin embargo, se tornaron corruptas por causa del pecado humano, que ha puesto todo en enemistad contra Dios. Pero en este devenir Dios ha mostrado su gracia, Él es el único soberano que controla —a veces de forma «misteriosa»— la historia conforme a su voluntad y su plan. Y lo ha guiado de tal manera que en Jesucristo nos ha mostrado su amor salvador, así como su llamado a hacer presente su reino en la historia, con la esperanza de que Dios lo hará todo «nuevo». Esto tiene las siguientes consecuencias:

- 1) Si Dios ha actuado —y actúa— en la historia, la Biblia debe dar cuenta de ella no solo como «memoria», sino también como «profecía». Es decir, las Escrituras se tornan en el medio que nos permite recordar y discernir la historia (el mundo, la vida) a la vez que nos invita a ser instrumentos de Dios en la transformación de la historia.³ Dios está actuando en la historia, en su creación para «salvarla», para «redimirla».

³ San Agustín decía que Dios escribió dos libros. El primero fue su creación, la naturaleza (la historia, el mundo, la vida), pero este se halla tan retorcido que ya no permite percibir con claridad su voz. Por eso Dios «escribió» un segundo libro: la Biblia. «La Biblia, el segundo libro de Dios, fue escrita para ayudarnos a descifrar el mundo, para devolvernos la mirada de la fe y de la contemplación, y *para transformar toda la realidad* en una gran revelación de Dios» (citado en Mesters, 1987b, p. 28, las cursivas son mías).

- 2) La Biblia da testimonio de la forma como sus escritores entendieron a Dios y su revelación. «No sólo escribieron el pasado, sino que también lo interpretaron teniendo un sentido de dirección. Ellos interpretaron el pasado como un movimiento, desde la creación del hombre y su alejamiento pecaminoso de Dios, hasta el cumplimiento final cuando la soberanía divina sobre su creación sería establecida y su Mesías reinaría sobre su pueblo restituido» (Rust, 1972, p. 14).⁴
- 3) El mundo y la historia, conforme a la noción hebrea, implica la salvación del hombre e incluye «la salvación de la historia misma, porque de otro modo no sería salvación del hombre» (Andrade, 1985, p. 23). Pero decir «historia» —a pesar de sus momentos críticos y diversas contingencias— es decir «tiempo», apertura, futuro personal y colectivo, el cual «depende, hasta cierto punto, de nuestras propias decisiones y acciones» (Espinosa, 1999, p. 99). Ese tiempo, entendido y anunciado como *kairós* (Mr 1.15), nos permite discernir a Dios actuando hoy de una manera definitiva en Jesucristo y su reino.
- 4) La expresión «reino/reinado de Dios», como sabemos, en el judaísmo posterior «toma el lugar de la más antigua “Dios es rey” e implica esencialmente que “Dios gobierna como rey”; en la literatura rabínica, el término *malkut* tiene siempre el sentido activo de “reinado”. [...] El reinado del Mesías se concibe como histórico; no supone el fin del mundo ni un cataclismo universal» (Mateos y Camacho, 1992, pp. 148-149). Esta historicidad del reino no la abolirá Jesús, sino que la anunciará y vivirá desde su particular comprensión de su mesianismo.
- 5) En Jesucristo el reino de Dios se hace presente en la historia y se vive en la esperanza de su plenitud. «La Buena Noticia no es la existencia de un reino en el cielo, sino que Dios ha comenzado a reinar tanto

⁴ En esa misma línea va Noé Zevallos: «Israel inaugura un nuevo modo de conceptuar la historia, la humanidad sigue su curso hasta que llegue el día del Señor, ese día será el tiempo pleno, el Kairós, el día de la sazón, la Historia madura se consumará en un juicio, en un veredicto sobre la justicia, sobre el servicio al huérfano, a la viuda y al extranjero. [...] la Historia no es arquetípica, es escatológica, no mira al pasado, se abre al futuro» (Zevallos, 1987, pp. 57-59).

en la tierra como en el cielo. El reino de Dios ha comenzado en la historia» (González, 2008, p. 53). De ahí la necesidad de discernir la historia en clave del reino; de lo contrario, se corre el riesgo de oír nuestra propia «palabra deshistorizada y absolutizada» (Trigo, 1988, p. 259).

«Progreso» y reino de Dios

No pocos filósofos y teólogos vincularon el «progreso humano» con el crecimiento del reino de Dios (Hegel, buena parte de la teología liberal, el evangelio social, etc.). Estas aproximaciones no ocultaron sus presuposiciones colonialistas, androcéntricas, etnocentristas, etc., dándole así un colorido particular a sus planteamientos. Pero no todos compartían ese optimismo político, social y cultural. En la concepción escatológica de ciertos teólogos, el mundo y la historia —debido a la depravación humana— estaban destinados al fracaso. No había mucho que hacer como cristianos. Debía aceptarse con resignación lo que sucedía en el mundo.

El reino de Dios, en opinión de esos mismos teólogos, estaba desvinculado de «lo terrenal». Así, «la vida» de las personas importaba, pero específicamente «la vida eterna». La idea básica era: «Si sufrimos aquí, reinaremos allá». Justamente contra esa visión fatalista y dualista —pero también contra el aún optimista liberalismo teológico— reaccionarían diversos teólogos, como la llamada «neoortodoxia». Algunos teólogos europeos y estadounidenses de entreguerras (1918-1939) abordaron lo social y lo político desde otra perspectiva, reflexión que prosiguió después del final de la Segunda Guerra Mundial.

Algo que se debe reconocer a las posteriores teologías progresistas, tanto católicas como protestantes, es que nos han hecho entender que «el mundo no es un hecho cerrado; es un devenir, cuya iniciativa corresponde a Dios, pero cuya gerencia atañe al hombre, imagen de Dios» (Ruiz de la Peña, 1993, p. 37). Ese mundo, es decir, nuestro mundo, «tiende hacia una meta y progresa hacia ella; [...] mide, no la involución o la regresión, sino el crecimiento hacia la plenitud salvífica de todo lo existente» (Ruiz de la Peña, 1993, p. 37). Justamente, en el referirse a la *meta* y al *progreso* es donde abundaron las discrepancias teológicas (y filosóficas).

En lo que respecta a la historia, hablar de progreso o de retroceso sólo tiene sentido a condición de contar con una *medida* que permita medir la historia, o bien una *meta* a la cual ésta se dirija. Esta medida o meta puede ser de dos clases porque historia es la realidad en devenir como tal, a saber: inmanente o trascendente. La pregunta que se formula la metafísica es si hay una medida o meta trascendente. La ontología de la historia formula la misma pregunta acerca de una medida o metas inmanentes. (Delfgaauw, 1968a, p. 73, las cursivas son del autor)

Esta observación nos lleva a hacernos varias preguntas. ¿El mundo se acerca, se parece más al reino de Dios, cuando se tecnologiza y asegura la supervivencia humana? ¿O cuando se garantiza la paz mundial, la democracia y el desarrollo económico mediante diversas instituciones internacionales? ¿O tal vez cuando se construye una civilización basada en la justicia social? Finalmente, ¿progreso hacia dónde y para quiénes? No sorprende que, una vez terminado el Concilio Vaticano II, el papa Pablo VI haya promulgado en 1967 la encíclica *Populorum Progressio* para darle un contenido más específico —social y a favor de la dignidad humana en distintos aspectos— a la palabra «progreso».

Esta encíclica tuvo gran repercusión en América Latina. ISAL ya estaba articulado, el Celam había planificado llevar a cabo su conferencia continental en Medellín (1968), y la teología de la liberación, que estaba en formación, encontró en la *Populorum Progressio* un gran aliciente teológico y pastoral, venido nada menos que de la pluma papal. Incluso Pedro Arana en febrero de 1970, es decir, antes que se fundara la FTL, publicó el libro *Progreso, técnica y hombre*, en el cual abordó el tema desde su práctica misionera con los universitarios de la CIEE. Arana sostiene que todo progreso humano (ciencia, técnica, moral, etc.) es relativo, y que más bien debe llevar a la iglesia a una esperanza escatológica en el reino de Dios.

Ciertamente, en ese contexto se escucharon voces teológicas bastante novedosas. El progreso, después del fracaso de un programa de desarrollo impulsado por J. F. Kennedy a inicios de los sesenta, llegó a tomar fuerza, pero en clave de «liberación». Y el contenido de «liberación» era la justicia social, la paz y la vida (corporal),

particularmente de los pobres. El sujeto político de los cambios sociales en dirección a dicho progreso —a diferencia de la propuesta del evangelio social— eran los mismos pobres, los oprimidos. Construir la justicia y la paz era sinónimo de construir el reino de Dios.

Frente a esta propuesta hubo varias reacciones que deben tomarse en cuenta:

... se oye también decir a algunos cristianos que ellos van a “construir” el reino de Dios. Se trata de una pretensión ingenua, que choca de frente con el sentido fundamental de la historia de la salvación. Si algo afirma la historia de la salvación, tal como la Escritura lo recoge, es que Dios es el sujeto de esa salvación, y que la humanidad no se puede salvar a sí misma. (A. González, 2008, p. 70)

Esta opinión la compartían muchos, y de distintas tiendas teológicas. Finalmente, es interesante observar cómo se ha articulado —ya desde hace varias décadas— una versión «piadosa evangélica» del «progreso»: el progreso misionero o evangelístico. La idea es: «¿Quieres que el Señor Jesucristo venga por segunda vez (trayendo su reino)? Pues a evangelizar, a ganar almas para Cristo». De esta manera, el progreso misionero-evangelístico acelera la llegada de Jesús Rey. Hay una lógica de causa-efecto del que tal vez no sean del todo conscientes sus portavoces. Pero se trata, al menos en apariencia, de un «progreso religioso-espiritual» desvinculado de lo sociopolítico.



El competente trabajo presentado en este libro representa el rescate de un período de nuestra historia continental que clama continuidad e invita a las nuevas generaciones a dejarse llamar hacia dentro de esta realidad del reino de Dios y busquen llevarlo a la práctica en este continente que aún tiene tantas «venas abiertas». Y, al mismo tiempo, da testimonio de hermosas y transformadoras expresiones de cuidado y cariño, y caminos de esperanza que alimentan la sucesión de generaciones que celebran y se comprometen con una experiencia vocacional marcada por «la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo» (Ro 14.17), como señala el apóstol Pablo al hablar del reino de Dios.

Saludo esta hermosa obra de Martín Ocaña Flores, y ruego a Dios para que podamos beneficiarnos de ella a nuestra manera, individual y comunitaria, con el propósito de buscar «primero el reino de Dios» (Mt 6.33), citando una vez más al propio Jesús.

—*Valdir Steuernagel*



Martín Ocaña Flores realizó estudios en Biblia en el Seminario Evangélico de Lima, misiología en la Facultad Evangélica Orlando E. Costas, teología en la Universidad Bíblica Latinoamericana (Costa Rica) y psicología en UNPI University. Es pastor de la Iglesia Evangélica Bautista en Moquegua (Perú) y profesor de varias instituciones teológicas. Posee un doctorado (Ph.D.) del Programa Doctoral Latinoamericano (PRODOLA) y es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana.



ISBN 978-612-5026-31-6



9 786125 026316

Religión-Teología